

Continuar matando: Gobernación global, humanitarismo y terror

Mark Duffield*

En este documento de trabajo, Mark Duffield analiza el nuevo dominio de la seguridad-desarrollo en función de las relaciones teóricas e históricas entre soberanía y gobernación, entre formas de poder duras y blandas. Se centra en la estructura y las funciones de la gobernación global y en la crisis actual que sufren las organizaciones humanitarias, cuyas relaciones con la soberanía se han hecho más evidentes al sustituirse las intervenciones humanitarias por operaciones de cambio de régimen en las "tierras de frontera" (borderlands) globales.

Introducción

Este ensayo pretende explorar dos preocupaciones interconectadas. La primera de ellas aparece ilustrada en un artículo reciente del periódico británico *The Guardian* que subraya el doblepensamiento orwelliano en las declaraciones del Presidente George W. Bush y del Primer Ministro Tony Blair sobre Irak y el conflicto entre Israel y Palestina. Este doble discurso, "donde lo negro es blanco y la noche es el día", ha sido tachado por algunos como pura deshonestidad; pues aún sabiendo que estaban equivocados, Bush y Blair han optado por engañar. El autor del artículo, sin embargo, es menos cínico. Considera que, especialmente Blair, ha construido un universo moral que tiene su propia lógica interna. En este universo, Washington y Londres saben lo que es correcto para Irak y, por lo tanto, todo el que se oponga a ellos es un enemigo de Irak, incluso si se trata de los propios iraquíes.

Si la población de Faluya se subleva para protestar, entonces hay que matarlos, incluso si se trata de cientos de personas, pues ellos están actuando en contra de Irak. Recordando tiempos pasados, la coalición está bombardeando la ciudad para poder salvarla —matando iraquíes para salvarlos (Freedland, 2004).

La segunda preocupación es el silencio público de las ONGs humanitarias occidentales frente a la tragedia humana que subyace tras dicho doblepensamiento. Este ensayo argumenta que este universo orwelliano y el silencio humanitario que

le acompaña son partes intrínsecas del mismo diseño de poder. Una interpretación como ésta es contraria a la tradición que las considera fenómenos separados y distintos. En este caso, el silencio es cosustancial a la actitud neutral de las agencias humanitarias. Resulta una parte esencial de su posicionamiento estratégico para obtener un mejor acceso a la hora de ayudar a las víctimas civiles. Para defender que cada postura es en realidad un reflejo de la otra, no se pueden utilizar conceptos y asunciones que apoyen la lógica interna tradicional. Se podría correr el riesgo de reproducir nuevamente nuestras actuales dificultades. De acuerdo con la herencia foucaultiana, el ensayo comienza con un examen crítico de la naturaleza y la interconexión entre el poder, la gobernación global y la vida, y concluye con la observación de que jamás se producirá “un regreso al humanitarismo básico”.

El poder como un diseño

La gobernación global es un diseño de biopoder. Estos dos términos —diseño y biopoder— exigen cierto desarrollo. El comprender el poder como un diseño lo aleja de una concepción realista, convencional o estatocéntrica del poder. Para el realismo, el poder es algo casi tangible. Es una cualidad exclusiva o un recurso que pueden capturar, moldear o desplegar los poderosos; habitualmente elites de un determinado tipo —políticas, económicas, militares, criminales y demás. En este contexto, el poder se presenta frecuentemente como algo ‘malo’, o, como mínimo, pleno de connotaciones negativas; es lo que los ‘poderosos’ utilizan contra los ‘débiles’. Sin embargo, considerar el poder como un diseño resulta más igualitario, difuso e inclusivo. Todos somos agentes de poder, incluyendo los actores y las organizaciones no estatales que el realismo consideraría meros auxiliares externos, sirvientes o subcontratistas de los poderosos. El poder es la capacidad para cambiar el comportamiento y las actitudes de los demás y a la vez, durante el proceso, también las propias (Dean, 1999). De este modo, incluso aquellos que tienen un pequeño papel en la vida tienen la capacidad de provocar efectos independientes, novedosos y a menudo sorprendentes. Las relaciones de poder se dan en todas partes —en las clases, en las salas de operaciones, en las familias o en los proyectos de las ONGs. Estas relaciones son productivas y moldean el comportamiento de los agentes que las ejecutan así como a quienes están sujetos a

ellas.¹ Sin relaciones de poder, la sociedad y el mundo se pararían. Desde esta perspectiva inclusiva y dominante, el poder en sí mismo es ambivalente y puede ser tanto 'bueno' como 'malo'. Decidir entre ambos, y escoger el último frente al primero, es asunto a tratar por una política y una ética prácticas.

Sería un error considerar la concepción realista del poder (esto es, una cualidad exclusiva que los poderosos acumulan) como equivocada o desacertada. Para muchos actores y agencias no estatales este punto de vista resulta una construcción conveniente. Por ejemplo, permite a los funcionarios de los campos de concentración elaborar su defensa alegando que "sólo cumplíamos órdenes" de un poder exterior. También capacita a las agencias humanitarias, en aras de la neutralidad, a permanecer calladas frente a un poder concebido de esta forma o, en otras ocasiones, mediante el recurso a la ley internacional, los códigos de conducta o los estándares técnicos, a erigir barreras legales y fronteras profesionales para distanciarse de un poder exterior (Leader, 1999). Una visión exclusiva y acumulativa del poder conforma asimismo la comprensión que las agencias humanitarias tienen de "la política". Es decir, del conjunto de estrategias y de técnicas en relación con el aumento o despliegue del poder externo (Weiss, 1999).

Por ejemplo, con frecuencia se ha argumentado que la asistencia humanitaria, debido al saqueo y la malversación, puede reforzar la posición de las partes en conflicto (Anderson, 1996). De igual modo, existe una creciente preocupación sobre la 'politización' de la ayuda y la forma en la que los Estados occidentales están usándola para cumplir sus objetivos en materia de política exterior (Macrae y Harmer, 2003). El silencio, la edificación de barreras y una política externalizadora son estrategias fundamentales a través de las cuales las agencias humanitarias son capaces de negar y disimular su propia complicidad e implicación en el ejercicio del poder (Campbell, 1998; Edkins, 2003). Comprender lo 'no gubernamental' o las implicaciones de la 'neutralidad' dentro del humanitarismo requiere así que vayamos más allá de la protección confortable de las concepciones tradicionales.

¹ Los críticos del paradigma foucaultiano se han centrado tradicionalmente en la naturaleza ubicua de las relaciones de poder, y de ahí su dificultad para resistirlas, en detrimento de su capacidad productiva. A favor del argumento ver Campbell, 1998.

Al igual que un período concreto en la historia de la arquitectura, una determinada escuela de arte o una forma literaria o musical, el poder como diseño se revela a través de su forma, composición o función. Reconocemos un diseño cuando lo vemos o lo experimentamos. Un diseño similar puede darse en diversas circunstancias, contextos o estructuras organizativas sin reducirse a ellas: otorga vitalidad a estructuras contingentes pero también existe más allá de ellas. La gobernación global como diseño de poder se puede inscribir como un vector que cruza diferentes complejos institucionales estatales/no estatales y públicos/privados, separados tanto en el espacio como en el tiempo. Mientras que el primero constituye un diagrama sincrónico de interconexiones, complicidades y contradicciones que definen diferentes regímenes o eras, el último se revela como un modelo genealógico existente a través de una amplia variedad de regímenes: el pasado ilumina al presente, que a su vez participa del pasado. En el caso de la gobernación global, su genealogía puede retomarse desde hace dos siglos y medio con el nacimiento de la modernidad misma.

En relación a la capacidad de cambiar comportamientos y actitudes, la gobernación global ha sido descrita como un diagrama híbrido y conflictivo de poder que aúna la tecnología procedente de la *governación* y de la *soberanía* (Dillon y Reid, 2000). Antes de analizar estas técnicas complementarias, se pueden dar un par de ejemplos contemporáneos. Tal hibridez puede verse, así por ejemplo, en el complejo occidental político-civil que existe ahora en los Balcanes, Timor Oriental, Afganistán e Irak. Aquí se dan las actividades de 'governación' de las agencias de las Naciones Unidas, las ONGs y las compañías privadas que trabajan en las áreas de ayuda humanitaria, desarrollo y reconstrucción social, en una compleja y a veces equívoca relación con los atributos 'soberanos' de los Estados occidentales, las alianzas militares y las instituciones financieras internacionales. Dicho de otra forma, esta conexión es una expresión contemporánea de la relación entre 'ayuda' y 'política'. Una inscripción diagramática similar se puede detectar a otros niveles del conglomerado internacional; por ejemplo, las diferencias a la hora de cómo enfrentarse a la amenaza del terrorismo mundial. Mientras que el 11 de Septiembre creó un consenso entre los Estados líderes acerca de la seriedad de las nuevas amenazas, la invasión de Irak ha suscitado el nacimiento de diferencias entre Estados Unidos y Europa sobre cómo se debe abordar el problema (Coker, 2003). La Unión Europea —el bloque regional integrado más amplio del mundo— ha sido descrita en términos de una comunidad de seguridad que prefiere las tecnologías de gobernación internacional basadas en el 'poder débil' de la diplomacia, la ley

internacional, el comercio y la ayuda al desarrollo (Nye, 2002). Por el contrario, Estados Unidos —la única superpotencia del mundo— se asocia con el ‘poder duro’ y soberano del unilateralismo y el uso de la fuerza en defensa de sus intereses (Kagan, 2003).

Muchos se lamentan de esta escisión, argumentando que es necesaria la complementariedad entre gobernación y soberanía, ayuda y política, poder blando y poder duro o entre, parafraseando a Philip Bobbit, “ley y estrategia” (Bobbit, 2003), para lograr la consecución de la seguridad global (Coker, 2003; Ferguson, 2003; Cooper, 2002). De hecho, se percibe que la crisis actual continuará, si no se agrava, si la gobernación y la soberanía no se alinean de nuevo. Para clarificar y ampliar estos conceptos, deberemos introducir la noción de biopoder.

La biopolítica de las poblaciones globales²

La biopolítica emergió con la modernidad configurando la base del poder estatal. Se preocupa de validar, apoyar y promover la vida de la nación (Foucault, 1998). Para los propósitos de este trabajo, comprenderemos la biopolítica como la regulación de la vida al nivel agregado de la población. La biopolítica existe en las técnicas gubernamentales que descubren y a la vez actúan sobre los diversos factores económicos, sociales, sanitarios, demográficos y biológicos que constituyen la vida al modo de especies biológicas agregadas. La gobernación global es sin embargo una forma específica de biopoder. Es un poder que actúa sobre la vida de la población concebida de forma global, más que nacional o territorialmente.³ De un modo más preciso, es un poder sobre poblaciones comprendidas como meras ilustraciones locales o territoriales de una particular especie tipo global. Por eso hablamos de ‘refugiados’, ‘emigrantes económicos’, ‘desplazados internos’, los ‘pobres crónicos’, etc. En relación a la gobernación global, estas técnicas y estrategias que constituyen el ‘desarrollo’ son una expresión esencial del biopoder internacional.

² N.de T.: Con el término “poblaciones globales” se quiere poner el énfasis en a aquellas poblaciones no definidas nacional o territorialmente, sino transnacionalmente, como es el caso de los refugiados, los migrantes o los desplazados internos, entre otros.

³ Michel Foucault no examina la biopolítica como forma de gobernación global. El grueso de su trabajo se dedica a sus manifestaciones territoriales e institucionales.

Sin embargo, la biopolítica contiene en sí misma una dualidad intrínseca y fatídica. A la vez que promueve la vida también tiene el poder de “*anularla* hasta el punto de la muerte” (Ibid: 138, énfasis en el original). A la hora de hacer esta distinción biopolítica, el racismo juega un papel formativo (Foucault, 2003; Stoler, 1995). Esto no sólo incluye las formas biológicas del mismo a lo largo del siglo diecinueve y principios del veinte, también implica sus actuales reinscripciones civilizatorias, culturales y de valores (Duffield, 1984). La raza y sus codificaciones modernas subrayan la división entre vida válida e inválida, y legitiman las medidas consideradas como necesarias para asegurar a la primera frente a la última. En este sentido, la biopolítica está intrínsecamente conectada con la seguridad de las poblaciones, incluyendo a las globales. Esta dualidad subraya la paradoja de la biopolítica: como los Estados han asumido la responsabilidad de mantener y desarrollar la vida, las guerras se han vuelto cada vez más devastadoras y genocidas para las poblaciones afectadas. El imponente poder para desencadenar una muerte ilimitada se presenta como la cínica contrapartida

...de un poder que ejerce una influencia positiva en la vida, que la administra, la optimiza y la multiplica, sometiénola a todo tipo de controles precisos y regulaciones exhaustivas. Las guerras ya no se libran en el nombre de un soberano que debe ser defendido; se libran en el nombre de la existencia de todos; poblaciones enteras se movilizan con el propósito de una lucha a gran escala en el nombre de la necesidad de la vida: las masacres se han vuelto vitales (Ibid: 136).

En su papel de administradores de las especies biológicas, desde el final del siglo diecinueve los Estados han sido capaces de hacer guerras totales que han lanzado a poblaciones enteras, enfrentadas unas contra otras en luchas terribles, hacia la muerte. Lo que está en juego en las guerras modernas es la existencia de la sociedad misma. El genocidio emerge consecuentemente como una estrategia “pues el poder se sitúa y se ejerce al nivel de la vida, de las especies, de la raza y de los fenómenos de población a gran escala” (Ibid: 137). Aunque el final de la Guerra Fría creó esperanzas de un ‘dividendo de paz’, la forma diagramática del biopoder se reinscribe en las ‘nuevas guerras’ de los noventa y se confirma con la declaración de la guerra contra el terrorismo. Esta reinscripción ha supuesto un cambio gradual en el *locus* de la amenaza, que ha pasado de la Unión Soviética, una de las mayores y más centralizadas economías de guerra, a algo muy opuesto

a ésta, es decir, a una nueva cartografía de seguridad marcada por los Estados fallidos, las economías sumergidas y las redes terroristas. Sin embargo, tal y como el columnista de *The Guardian* antes citado ha comprendido, a pesar de este reordenamiento radical, el principio biopolítico del poder del Estado continúa siendo el mismo: para poder seguir viviendo hay que continuar matando (Ibid).

Al igual que ocurre al tomar como punto de partida una concepción realista del poder, la idea de la gobernación global como un diseño de biopoder también rompe con la visión convencional de lo que es la gobernación global. Esto es, con aquella que la representa como una empresa esencialmente benévola, que incluye actores estatales y no estatales en pos de la seguridad global, un sistema económico abierto e inclusivo, instituciones legales y políticas efectivas, bienestar y desarrollo mundial y, por último, un compromiso compartido para la resolución de conflictos (Biscop, 2004). Desde esta perspectiva, las amenazas a la seguridad se perciben como algo que surge independientemente de la gobernación global y, es más, a pesar de las buenas intenciones de ésta. Se convierte en una respuesta ético-política a amenazas preexistentes o motivadas desde el exterior. Sin embargo, la gobernación global como diseño de biopoder, más que responder a inesperadas amenazas externas, produce directamente su propio entorno de seguridad. Al distinguir entre vida válida y no válida global, crea su propio 'otro'— con todas sus anormalidades específicas, sus amenazas concretas y sus ejemplos de desarrollo equivocados— ante el cual responde y al que trata de cambiar. En consecuencia, asimismo conforma el terreno sobre el que debe operar la lógica biopolítica según la cual para vivir hay que matar. Desde esta función constitutiva de la gobernación global podemos, entonces, examinar el lugar que ocupa la soberanía.

Soberanía y Gobernación global

Para Giorgio Agamben (1998)⁴ la soberanía, más que emerger de un contrato social, reside en el poder para decidir la excepción. Es decir, en el poder para fijar dentro del lenguaje la frontera entre quién y qué es excluido o incluido como vida

⁴ En esta obra, *Homo Sacer*, Agamben se propone completar el paradigma foucaultiano, en particular, restaurar la soberanía como una forma originaria de biopoder. En el trabajo de Foucault, el poder soberano tiende a moverse en un segundo plano entre las formas reguladoras de la biopolítica en el despertar de la modernidad, y es incluso reemplazado por ellas.

válida: el poder soberano es el que construye al 'otro'. Al habitar el espacio de la excepción, la soberanía evoca directamente una forma concreta de subjetividad que tiene que soportar las consecuencias de la exclusión. Agamben proporciona a esta subjetividad el nombre genérico de vida 'nuda' o 'natural'. Es decir, una vida abandonada que efectivamente existe más allá de los derechos, las convenciones y las restricciones de las leyes seculares y religiosas. El decidir la excepción constituye un espacio jurídico-político en el que todo es posible; incluso "*está permitido matar sin cometer homicidio*" (Ibid: 83).⁵ Esta vida sin embargo es más que una subjetividad abandonada cuyo destino reside en soportar el orden de la soberanía; es un elemento constitutivo del orden político en sí mismo. La nuda vida es una exclusión, pero también es una inclusión (Ibid: 18). Mientras que la soberanía decide cuál es la excepción, opta simultáneamente por proteger a la sociedad de la amenaza que ella misma ha identificado. La guerra contra el terrorismo es un ejemplo de este recurrente diseño soberano. Durante los años noventa, los Estados nacionales (*homeland states*) líderes, por así decirlo, trazaron de nuevo los mapas de las zonas de excepción en términos de una 'tierra de frontera' (*borderland*) global de Estados fallidos, redes sumergidas, Estados 'canallas' y demás. En la actualidad, esta nueva cartografía del riesgo alberga la amenaza terrorista (National Security Strategy, 2002). Al mismo tiempo, mediante poderes de emergencia, la derogación de la ley internacional y el uso del ataque preventivo, los Estados nacionales (*homeland states*) buscan proteger a la sociedad y a sus valores de la amenaza que sus sistemas de inteligencia han identificado. Las tierras de frontera (*borderland*) globales se han convertido de nuevo en zonas donde todo es posible; una tierra de nadie donde se puede matar sin cometer ningún crimen.

Si la gobernación global es un poder sobre la vida (y la muerte) de las poblaciones concebidas de un modo global, entonces la soberanía dentro de la gobernación global provoca un desvinculamiento en dicho nivel global. En el nacimiento de la modernidad, la gobernación global se vio ante dos trayectorias posibles. Una era el camino de un derecho hipotético cosmopolita que se identifica con los escritos de Kant (1983). Desde esta perspectiva, un derecho universal pertenece a todos los seres humanos sólo porque son los propietarios comunes y los ocupantes de la superficie de la tierra. Como la tierra es una esfera, la población no puede expandirse indefinidamente sino que finalmente deben aprender a tolerar

⁵ Para Agamben los campos de concentración, en sus múltiples variantes, son una expresión definitoria de la política moderna.

la vida en proximidad, ya que “originalmente nadie tiene más derecho que otro a ninguna de las regiones de la tierra” (Kant, 1983:118). Con la reducción de las distancias, las crecientes interacciones y el comercio mutuo, “la raza humana puede acercarse cada vez más a una constitución cosmopolita”, en realidad, “toda la población de la tierra” podría reunirse en una “republica mundial” (Ibid:118). Sería una república cuya fortaleza no residiría en su homogeneidad o en su adhesión a un credo único sino en su diversidad y diferencia. Esta constitución cosmopolita estaría basada en el principio de la hospitalidad universal incluyendo el derecho a la asociación y el derecho a la movilidad, libre así de todo riesgo de ser “tratado como un enemigo a la llegada a otro país” (Ibid: 118).

La trayectoria posterior de la gobernación global ha sido, en realidad, radicalmente diferente de aquella conjeturada más arriba. De hecho, más que una hospitalidad universal, ha sido su opuesto—una persona abandonada y sin derechos representada en la figura del refugiado—lo que se ha convertido en un símbolo de la edad moderna. Hannah Arendt ha comprendido esta característica emblemática en relación al Estado nación. El Estado nación es una construcción jurídico-política que aúna la inscripción de la vida ligada al nacimiento (nación), la inscripción del orden (Estado) y la inscripción local (territorio). El funcionamiento de esta arquitectura produce a la vez derechos y falta de éstos. Desde la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre, las bases territoriales del Estado nación han asegurado que “los derechos humanos sean protegidos y aplicados sólo como derechos nacionales” (Arendt, 1994: 230). Como un proyecto territorializador de éxito, la violenta expansión del Estado nación se ha conseguido a costa de crear personas sin Estado, es decir, sin derechos. Dentro del encuentro recurrente moderno entre el ciudadano y los que no tienen Estado, los derechos humanos se han mostrado incapaces de proporcionar su protección “en el momento en que ya no pueden adoptar la forma de derechos pertenecientes a ciudadanos de los Estados” (Agamben, 1998: 126).

Mientras que la nuda vida toma diferentes formas, en términos de la genealogía de la gobernación global, su forma arquetípica es la del refugiado. Es decir, la persona sin Estado y por tanto sin derechos que se encuentra fuera de la protección conferida por una ciudadanía dependiente del territorio. El refugiado representa una desvinculación del hipotético derecho cosmopolita; un abandono facilitado por el racismo y sus códigos culturales, civilizatorios y de seguridad contemporáneos. La exclusión soberana está conectada con el Estado nación

definido como proyecto de territorialización y de re-territorialización. Este proyecto espacial expansivo también se cruza con lo que el economista Paul Harvey (2003) ha llamado "acumulación por desposesión". Es decir, un sistema capitalista en el que el cercado de los bienes comunes globales (los dones de la tierra y sus bienes sociales y públicos asociados, disfrutados por la población como un derecho natural) es una característica recurrente y duradera.⁶ Desde el siglo diecinueve sucesivos regímenes globales de desposesión, cruzados por la anexión, la colonización, la planificación central y, más recientemente, por la privatización, han subrayado el carácter de la gobernación global como un diseño de biopoder. Hoy en día, bajo la rúbrica de la globalización, los bienes comunes globales más amplios están de nuevo siendo asaltados. El neoliberalismo, por ejemplo, está forzando la entrada a los mercados, terminando con el salario social e interpretando condiciones de vida ya establecidas como superfluas. La tierra y sus dones, que una vez supusieron el libre soporte de comunidades auto-organizadas, habiendo sido primero transferidas al Estado, son ahora traspasadas a las compañías multinacionales. Al mismo tiempo, provistos de las últimas herramientas genéticas, los negocios agrarios se están privatizando y acabando con la biodiversidad de la tierra, convirtiendo lo que en un tiempo se consideraba como bondades naturales en propiedades comerciales.

La acumulación por desposesión, y su red cambiante de estafadores internacionales, timadores y farsantes (Arendt, 1994), está íntimamente unida al proyecto territorial del Estado nación. Más concretamente, se combina con un proceso contemporáneo de re-territorialización que subyace al nuevo dominio de la seguridad. Dentro de este dominio, las esferas globales de influencia que se redefinen como titulares del Estado están siendo moderadas, inducidas o cambiadas para poder satisfacer las demandas de una religión liberal-democrática que se pretende universal. La ocupación de Irak, por ejemplo, no es más que un intento significativo de redefinir la dinámica política y económica de Oriente Medio. Como resultado de la acumulación por desposesión, las condiciones y formas de vida, las culturas y los pueblos se convierten en excedentes; demasiados daños colaterales que deambulan por el escenario mundial como migrantes, solicitantes de asilo, desplazados internos y desafortunados contingentes de humanidad con la que se

⁶ Para Marx, la acumulación originaria fue un hecho irrepetible que en gran parte incluye el cercado de los bienes comunes y la conducción de los campesinos desde la tierra hasta su constitución como base de la fuerza de trabajo industrial.

puede traficar. Forman el detritus global de los que Zygmunt Bauman (2003), haciéndose eco de Agamben, ha llamado “vidas desperdiciadas”.

Humanitarismo y Desarrollo

La nuda vida es una exclusión que también supone una inclusión. La exclusión soberana, al decidir de qué sociedad nos tenemos que defender, establece el reino político. Para Agamben, en relación a las estructuras totalitarias e individualistas del poder moderno, la nuda vida es el “el punto de intersección oculto entre el modelo de poder jurídico-institucional y el bio-político” (Ibid: 6). En lo que respecta a la gobernación global, esta intersección oculta constituye la bisagra entre la soberanía y la gobernación respectivamente. La soberanía se encarga de la protección del orden internacional de los peligros que ella misma identifica y se basa en los principios de “emergencia”. Por su parte, la gobernación esta constituida por los postulados bio-filosóficos de “emergencia” (Dillon y Reid, 2000). Mediante el abandono y la desposesión, la soberanía crea el terreno político en el que la gobernación tropieza con la nuda vida. Mientras que la gobernación a menudo contrarresta los excesos de la soberanía, y busca frecuentemente su reforma y su mejora, también tiene un pacto con la soberanía; la gobernación así la complementa, gobernando según las reglas soberanas y confirmando, normalizando y construyendo sobre los actos de desligamiento y desposesión propios de la soberanía.

Como resultado de esta conexión con la soberanía, la gobernación dentro de la gobernación global lleva consigo la existencia de la nuda vida. Agamben ha dirigido nuestra atención hacia una nuda vida a la que es posible matar sin haber cometido ningún crimen. Sin embargo, existe otra dimensión complementaria con el estado de excepción más allá de las restricciones de las leyes seculares y religiosas: gobernar sin tener presente la agencia histórica o la memoria política de los gobernados (Campbell, 1998).⁷ La nuda vida es una pizarra en blanco a la que bien se puede matar con impunidad o, si no, se la puede construir como un modo victimista de humanidad incapaz de actuar o avanzar sin una intervención externa. La gobernación se basa en un dilema biopolítico: elegir entre proteger una nuda

⁷ Esta es una dimensión que ha fomentado la resistencia cultural y nacional desde el advenimiento del colonialismo y, como en el caso de Irak, continúa haciéndolo hoy.

vida ahistórica producida por la exclusión soberana o buscar su redención. Es decir, debe escoger entre proporcionarle asistencia *humanitaria* o *desarrollarla*, seleccionando sus ejemplos mas valiosos (generalmente aquellos elegidos para ser los más representativos) e iniciándolos así en un viaje bioevolutivo sin fin con el objetivo de convertirles en algo mejor, más completo o más fuerte mediante la liberación de sus poderes internos de autorrealización. El hecho de que ese cambio debería producirse mediante la automejora voluntaria es la esencia del desarrollo entendido como una relación de gobernación. Es también la primera prueba de idoneidad a la hora de separar la vida que puede ser protegida de aquella que puede agregarse como “vida del desarrollo”.

La dualidad biopolítica de la gobernación posee una larga genealogía dentro del diseño de la gobernación global (ver Watts, 1995; Cooke, 2003). Por ejemplo, se puede detectar en los esfuerzos misioneros para mejorar la situación de los esclavos liberados (Hall, 2002), en la protesta contra los excesos genocidas imperiales (Morel, 1920) y en el surgimiento de las prácticas coloniales de la Administración Nativa (Lugard, 1965). Teniendo en cuenta los propósitos de este trabajo, ofreceremos tan sólo una ilustración de esta dualidad: el surgimiento del movimiento actual de ONGs. Al mismo tiempo, este ejemplo indica cómo los actores no estatales pueden funcionar como centros de poder independientes y con la capacidad de actualizarse por sí mismos dentro del diseño de la gobernación mundial. El movimiento de las ONGs comenzó como una respuesta humanitaria a las grandes Guerras Totales del siglo XX. Llevados por esta larga genealogía humanitaria, vemos que este movimiento se presentó con un papel protector de la vida nuda que estos cataclismos producían por millones: los civiles asediados, los huérfanos, los desplazados y los refugiados de una Europa destrozada por la guerra (Jones, 1965).⁸ Sin embargo, desde el momento de su nacimiento, el movimiento de las ONGs estuvo atrapado en el recurrente dilema biopolítico que le plantea la disyuntiva de proteger la vida nuda que se encuentran o, por otro lado, cambiarla y desarrollarla. Durante los años cincuenta, esta tensión se relanzó con el descubrimiento de un nuevo y vasto mundo de pobreza global emergido tras la descolonización (Escobar, 1995).

⁸ Para obtener una información general del surgimiento de *Save the Children Fund* debido a las consecuencias humanitarias de la Primera Guerra Mundial ver <http://www.savethechildren.org.uk>.

La elección entre ayuda y desarrollo no es simplemente una decisión técnica o programática. Como reflejo de su pacto con la soberanía, la decisión es biopolítica y supone una excepción gubernamental. Para el movimiento de las ONGs, implica separar a los desplazados, a los refugiados y a otras víctimas del desastre, es decir, a los beneficiarios originales de la asistencia humanitaria no gubernamental, del gran número de “gente para quien la pobreza es su entorno de por vida” (Jones, 1965: 35). La desalentadora tarea de ayudar a los millones de seres que viven en una pobreza abyecta requiere transformar la nuda vida merecedora de protección humanitaria en una vida en desarrollo con capacidad de mejorar por sí misma. En términos biopolíticos, se necesita separar la vida del desarrollo merecedora de apoyo y de inversión, de una vida humanitaria que puede recibir ayuda pero también puede ser ignorada hasta su muerte. A lo largo de la existencia del movimiento de las ONGs este dilema biopolítico ha utilizado con frecuencia a los niños—epítome de la victimización y de los desatendidos— para enmarcar este conflicto (ver Edkins, 2003; Pupavac, 2001).

Decidir entre las necesidades presentes y la esperanza futura, entre el niño que morirá la próxima semana a menos que se le dé comida y el niño que vivirá una vida de hambre continua a menos que se mejore su situación: ésta es la más dolorosa de todas las tareas (Jones, 1965: 43-44)

Decidir qué vida se va a apoyar y cuál se va a abandonar es algo a lo que hacen frente diariamente innumerables proyectos de ONGs, muchas de sus evaluaciones rutinarias y sus peticiones de fondos (Stockton, 2004). Más que meros auxiliares que despliegan el poder de sus patrocinadores, al decidir la excepción, las ONGs son un poder gubernamental que se materializa por sí mismo entre las poblaciones de las tierras de frontera (*borderland*). La distinción original entre vida a la que apoyar y aquella que puede ser ignorada establece una relación dialéctica entre desarrollo y ayuda. Al validar determinada nuda vida, el desarrollo oculta y promulga de nuevo el abandono soberano que lo llamaba a actuar. Es este sentimiento de abandono lo que aviva la ética humanitaria. Saca a relucir lo mejor de la gente —los idealistas, los rebeldes y los tenaces. Sin embargo, al mismo tiempo la ayuda se enfrenta con una nuda vida excluida que también es una forma de inclusión; el objeto abandonado del que se ocupa la acción humanitaria es constitutivo del reino político. La insistencia sobre la “neutralidad” del humanitarismo y su separación de la política, significa que los humanitarios sólo pueden entender la vida humana como nuda vida. Al excluir lo político, el

humanitarismo reproduce el aislamiento de la nuda vida y de este modo reproduce también las bases de la soberanía. Como consecuencia, a pesar de sus buenas intenciones, los humanitarios “mantienen una solidaridad secreta con los mismos poderes contra los que pretenden luchar” (Agamben, 1998: 133; también ver Campbell, 1998 y Edkins, 2003).

Dentro de la genealogía de la gobernación mundial, la ayuda y el desarrollo continúan cruzándose en una dialéctica que busca a la vez proteger la nuda vida y, al mismo tiempo, desarrollarla. Esta dialéctica, que existe en conexión secreta con la soberanía, ha dado forma a la expansión, la arquitectura institucional y las rivalidades dentro del actual movimiento de las ONGs (Whitaker, 1983; Macrae, 1998). De hecho, desde la última parte del siglo XIX, las emergencias humanitarias han proporcionado regularmente el punto de entrada para asociaciones no estatales que trabajan directamente con las poblaciones y su seguridad (Davis, 2001). Las emergencias facilitan una plataforma pública para las ONGs, que aumentan sus perfiles organizativos, sus niveles de recaudación de fondos y movilizan personal y voluntarios. De igual modo, la normalización del abandono y de la desposesión global que representan estas emergencias es una tarea que normalmente se atribuye a la gobernación del desarrollo.

Desde mediados de los años ochenta, esta materialización propia del poder ‘no gubernamental’ se traduce en una relación más cercana con los Estados más avanzados y las agencias multilaterales. Mediante la accesibilidad que proporcionan las emergencias humanitarias, los Estados se han convertido en proveedores de fondos clave y, de forma creciente, en fuente de directivas para el diseño de políticas. Durante los noventa, las ONGs se convirtieron en importantes actores gubernamentales dentro de un complejo político-civil desarrollado. (Duffield, 2001). Como consecuencia, las ONGs han continuado creciendo en número y expandiendo su influencia. La soberanía occidental se ha reafirmado entre las poblaciones de frontera, no tanto en términos de ONGs desplegando entre la gente un poder estatal acumulado, sino en términos de Estados que, aprovechando la secreta solidaridad de la gobernación con la soberanía, van amplificando un poder gubernamental independiente y pre-existente a través de sus fondos, su patronazgo político y sus equipos militares.

El nuevo terreno de la seguridad

Giorgio Agamben afirma que las categorías antónimas que son la base de la política moderna —izquierda/derecha; público/privado; absolutismo/democracia; guerra/paz; etc.— se han ido disolviendo paulatinamente “...hasta el punto de entrar hoy día en una zona real de indistinción” (1998: 4). El terreno de la seguridad de la posguerra fría constituye una zona de este tipo. Ésta es el resultado de la disolución de otra serie de dicotomías políticas tradicionales —la de nacional/internacional, política interior/exterior, y fuera/dentro. La idea de la globalización como algo que reduce la distancia entre la política interna y la política exterior parece influenciar profundamente a los políticos.

En realidad, [la globalización] a menudo las convierte en idénticas: afrontar el terrorismo en los Estados Unidos significa luchar en las montañas de Afganistán; conseguir la seguridad económica de una sola ciudad en el norte de Inglaterra significa ocuparse de la maquinaria internacional de las finanzas globales. Lo internacional se ha convertido en doméstico, y lo doméstico internacional (Blair, 2002: vii).

Esta indistinción creciente ha estado asimismo acompañada por un cambio radical en lo que se percibe como *locus* de la amenaza internacional. Ésta ha pasado de ser la Unión Soviética, como una de las más grandes, más centralizadas y más armadas economías de guerra a su antítesis, es decir, los Estados fallidos del mundo y las redes sumergidas que llevan consigo. A pesar de esta reorientación radical, la lógica biopolítica de vivir matando sigue siendo la misma. Dentro de esta lógica,

...no resulta inconsistente en absoluto decir que aumentaremos nuestra ayuda al desarrollo para dar esperanza a África, aunque hay que estar preparados para combatir, si es necesario, en defensa de los valores en los que creemos (Blair, 2003).

Con la disolución de la distinción entre política interior/exterior, la inseguridad puede manifestarse ahora en *cualquier parte y en cualquier momento*. El nuevo dominio de la seguridad se caracteriza por una interdependencia radical y por una interpenetración tal que incluso los disturbios en la más distante de las

fronteras “premodernas” pueden tener serias consecuencias para la patria (*homeland*). Además, una victoria para el terrorismo no es simplemente una derrota para los Estados nacionales (*homeland states*), “será una derrota para la civilización y la democracia en todas partes” (Blair, 2004). Las fronteras y los límites se han vuelto frágiles en el contexto de estas ubicuas amenazas.

Hoy en día la amenaza es el caos, porque la gente que tiene un trabajo que hacer, una vida familiar que equilibrar, hipotecas que pagar, carreras que desarrollar o pensiones que garantizar, lo que ansía es estabilidad y orden, y si éstos no existen en todas partes, es poco probable que existan aquí. Durante mucho tiempo he creído que esta interdependencia es la que define el nuevo mundo en el que vivimos (Blair, 2001b).

Al enfrentarse a estas amenazas interdependientes y ubicuas, la comunidad internacional debe reafirmarse nuevamente. La experiencia al ocuparse de los mercados financieros, el cambio climático, el comercio global, la proliferación nuclear y demás, han mostrado que el interés propio y el interés mutuo forman un mismo entramado. Esto es lo que se conoce como “...las políticas de la globalización” (Ibid.). No hay que hacer nada nuevo, simplemente, redoblar esfuerzos que ya se están empleando. Esta fusión entre el interés individual y el mutuo encarna el poder de la comunidad dentro de la comunidad internacional. Es una fusión que es posible gracias a los valores compartidos de libertad y justicia que la sustentan. El estar dispuesto para luchar en defensa de estos valores no es lo mismo que el simple deseo de castigar. Representa una determinación,

...para acercar esos mismos valores de democracia y libertad a toda la población global. Y quiero decir: libertad, no sólo en el sentido reducido de libertad personal sino en aquel más amplio que dota a cada individuo de la libertad social y económica para desarrollar al máximo su potencial (Ibid.).

Los valores que están en juego en el nuevo terreno de la seguridad son los contrarios a aquellos que propugnan los terroristas y los fundamentalistas religiosos. Estos valores en juego son la creencia en “la razón, la democracia y la tolerancia” y se mantienen con la misma convicción con la que los fanáticos defienden los suyos (Blair, 2001a). La violencia que apareja un cambio de régimen es necesaria para destituir a aquellos líderes que minan y conspiran contra los valores civilizados. En Afganistán, al igual que en Irak, la guerra no busca subyugar

a nadie, sino permitir a la gente corriente “retomar el control de su país y, al hacer eso, acabar con la amenaza que representan estos gobernantes” (Blair, 2001c). Dentro de estas guerras de desarrollo, es decir, de estas guerras libradas entre las poblaciones oprimidas para liberar sus poderes de autorrealización y de anhelo de democracia, los medios “políticos y democráticos van de la mano de los medios militares”. Además también necesitan reunir “una coalición humanitaria junto con la coalición militar” (ibid). En otras palabras, el nuevo terreno de la seguridad requiere una relación más integrada y transparente entre ayuda/política; Estado/no Estado; civil/militar o público/privado. Es decir, entre gobernación y soberanía dentro de la gobernación global.

El nuevo terreno de la seguridad supone una interdependencia radical entre la política exterior e interior, y entre los asuntos civiles y políticos. Al tratar de asegurar valores de los Estados nacionales (*homeland*) frente a aquellos de las tierras de frontera (*borderland*), los cambios de régimen y los ataques preventivos se han convertido en necesarios. Sin embargo, el cambio de régimen es algo más que un acto de subyugación soberana: es un acto de desarrollo por parte de la gobernación. Es necesario para que las poblaciones de la frontera puedan realizar su sueño de razón, democracia y privatización y, al alcanzar esta condición, convertirse en aliados en la lucha por la seguridad global. Por lo tanto, el cambio de régimen implica tanto ‘ganar la paz’ como ‘ganar la guerra’. Lo primero necesita que la asistencia humanitaria y el desarrollo trabajen para establecer el resultado político demandado por el derecho soberano. La ayuda debe apoyar el surgimiento y la legitimidad de los gobiernos de transición. Debe ser vista como una contribución a las vidas de la gente corriente, ayudando a justificar el cambio de régimen y demostrando a los críticos regionales que la democracia liberal funciona. En un mundo interconectado, la ayuda debe trabajar no sólo a favor de los intereses de la seguridad regional sino también a favor de los intereses de la seguridad de los Estados nacionales (*homeland states*). Esta interconexión radical e interpenetración propias del nuevo terreno de la seguridad descansa en el corazón de la crisis del humanitarismo: *esto ha mostrado a las poblaciones de frontera la secreta solidaridad de este humanitarismo con la soberanía*. Por fin el Emperador se ha dado cuenta de que está desnudo.

Humanitarismo y Terror

El movimiento de las ONGs se desarrolló en un limitado espacio surgido por la rivalidad entre superpotencias durante la Guerra Fría. Explotó su posición neutral entre la población y los Estados para desarrollarse como una fuerza biopolítica independiente entre las poblaciones de las tierras de frontera (*borderland*). Sin embargo, el final de este periodo supuso un cambio normativo en la naturaleza de las relaciones internacionales. Se pasó de una condición de igualdad formal entre Estados a una desigualdad *de facto* (Pupavac, 2002; van der Pijl, 2002). Este giro hacia el nuevo terreno de la seguridad supuso tanto el crecimiento de la intervención humanitaria como, paradójicamente, un creciente sentimiento de crisis entre las agencias humanitarias. Con el final de la Guerra Fría y el progresivo dominio de los Estados en la financiación de las operaciones humanitarias, las relativamente independientes agencias humanitarias fueron integrándose en los complejos político-civiles cada vez más constituidos. Durante los años noventa, esta situación provocó una crisis de identidad entre las ONGs y una preocupación sobre la proximidad política de los Estados (Hulme y Edwards 1997). A la hora de comprender estos complejos político-civiles, hay que señalar que la solidaridad oculta entre la gobernación y la soberanía es una relación de doble dirección. Desde principios de los noventa, los Estados líderes globales se han basado en esta conexión oculta para embarcarse en una serie de “guerras humanitarias” (Roberts 1993). Es decir, conflictos en los que las preocupaciones humanitarias han suplantado al interés nacional como justificación para la intervención gubernamental en estas tierras de frontera (*borderland*).

Guerra humanitaria es sinónimo de intervención estatal en la dialéctica entre desarrollo y ayuda. De manera creciente, los gobiernos donantes occidentales, con todas las redes políticas y los recursos financieros que controlan, han establecido la división entre lo que se puede considerar vida válida para el desarrollo y, por tanto, merecedora de apoyo, y nuda vida que puede dejarse morir. Mientras que está en las manos de las ONGs, este poder gubernamental opera al nivel programático; sin embargo, cuando está en manos de los Estados en el contexto de la guerra contra el terrorismo, sus implicaciones comienzan a tomar dimensiones regionales, internacionales y, sin duda, raciales/civilizatorias. La guerra humanitaria también está asociada con la “hambruna humanitaria”. Es decir, con la creciente desigualdad estratégica en la distribución de ayuda, las variaciones del nivel de respuesta y la marcada falta de voluntad política (Macrae *et al*, 2002). En lugares

como Sudán, Ruanda y la República Democrática del Congo, esto se ha traducido en vastas y recurrentes tragedias humanitarias *mientras que se estaban llevando a cabo* operaciones humanitarias internacionales. Incluso en la 'era de la información' la nuda vida puede morir en cantidades épicas.

La hambruna humanitaria y el cambio de régimen son los dos extremos de la 'politización' biopolítica de la ayuda dentro del nuevo terreno de la seguridad. Mientras que las agencias de ayuda han criticado tal politización, para muchos, la evidente continuidad entre soberanía y gobernación se encuentra a la vista de todos y deja al descubierto su complicidad con el diseño de la gobernación global. Este proceso de exposición se ha agudizado con respecto a los complejos político-militares, un ejemplo perfecto de los intentos actuales por mantener una estrategia coherente entre ayuda y política. El hecho de que esta búsqueda de 'coherencia' se haya convertido en un aspecto clave de la guerra humanitaria refleja el significado real que implica que el nuevo terreno de la seguridad se base en la disolución de las dicotomías políticas tradicionales. El nacimiento del complejo civil-militar tiene sus orígenes en la distinción humanitaria clave entre la Guerra Fría y la posguerra fría. Antes del final de los ochenta, las agencias humanitarias y de ayuda de las Naciones Unidas sólo se implicaban en una situación de guerra cuando el alto el fuego formal había sido acordado (Goulding 1993). A principios de los noventa, se ha convertido en algo habitual que las agencias de ayuda trabajen durante conflictos cuya resolución está pendiente y con un resultado en el que las divisiones establecidas entre paz/guerra, Estado/no Estado y ayuda/desarrollo se han desmoronado. Es en esta situación de creciente *incoherencia* que los complejos político-militares se han expandido y han emprendido una mutación significativa (Williams, 1998; Pugh, 2001; Ignatieff, 2003).

En Bosnia-Herzegovina, por ejemplo, este complejo incluyó principalmente agencias humanitarias que trabajaban bajo la protección militar dentro de un espacio negociado y acordado entre las partes en conflicto (Duffield, 1994). Dentro de este espacio, las partes en conflicto han disfrutado de varios grados de reconocimiento *de facto*.

Las agencias humanitarias han sido capaces de utilizar esta legitimación contingente, incluso en una situación en la que la crisis iba en aumento, para continuar negociando y reafirmando su propia 'neutralidad'. De hecho, las agencias han intentado mantener una independencia operativa mediante el desarrollo de

códigos de conducta y protocolos similares (Leader, 1998) para separarse, en un sentido realista, del poder externo de los donantes y de las partes en conflicto. En un momento en el que las fronteras políticas se están difuminando y derrumbándose, muchas agencias humanitarias han continuado utilizando medios institucionales para tratar de restablecerlas. Desde el final de los noventa, sin embargo, con la situación en Kosovo y Timor Oriental, y especialmente tras el cambio de régimen en Afganistán e Irak, el espacio negociado durante la parte inicial de la guerra humanitaria se ha transformado en el espacio ocupado del cambio de régimen. Dentro de este último, los cuasi-legítimos interlocutores de la oposición previa se ven sustituidos por las distinciones soberanas de amigo/enemigo y pasan a ser criminales, fanáticos y terroristas, excluidos y por tanto no reconocidos e incapacitados como interlocutores. Una proporción creciente de las actividades humanitarias, de desarrollo y de reconstrucción nacional que antes realizaban las ONGs y las agencias de Naciones Unidas, están siendo absorbidas o coordinadas por actores militares (Macrae y Harmer, 2003). La desaparición de la dicotomía entre nacional/internacional y ayuda/política ha establecido un nuevo terreno para la seguridad que agrupa a los Estados nacionales (*homeland states*) y a las tierras de frontera (*borderland*). Tan vasto espacio se abarca con la lógica operativa que implica estar con nosotros o estar contra nosotros.

La ligazón de la ayuda a una agenda intervencionista de pacificación y de reforma democrático-liberal ha dejado al descubierto el pacto entre la soberanía y la gobernación dentro de la gobernación global. No sólo ha marginado a las Naciones Unidas, sino que la tan codiciada independencia de los actores no estatales se ha visto seriamente comprometida y su neutralidad cuestionada abiertamente (Weiss, 1999). Y no sólo entre las propias agencias humanitarias, sino que, lo que es más preocupante, las agencias humanitarias han perdido su inocencia a los ojos de las poblaciones de las tierras de frontera (*borderland*). La redefinición de la ayuda en torno a una agenda política que apoya un cambio de régimen ha supuesto que el número de trabajadores humanitarios asesinados y secuestrados haya crecido. Zonas enteras de Irak, Afganistán y Chechenia por ejemplo, son actualmente '*no-go areas*' para las ONGs. Además, se trata de una crisis que está teniendo efectos amplios en el sector, más allá de las operaciones en el terreno. El bombardeo de las oficinas centrales de las Naciones Unidas en Bagdad en Agosto del 2003 no es sino el punto culminante de una tendencia que se ha ido extendiendo lentamente. Para las ONGs humanitarias, especialmente para las

europeas (Minear, 2002) la guerra contra el terrorismo ha supuesto un agravamiento de la crisis de legitimidad (Donini, Niland, y Wermester, 2004; FIFC, 2004).

Comentarios finales

La respuesta de las agencias humanitarias a esta crisis humanitaria se podía intuir desde hace tiempo. Algunos la han ignorado pensando, erróneamente, que se podría evitar si se concentraban en las “hambrunas humanitarias” olvidadas (Oxfam, 2003). Otros han discutido la necesidad de continuar como siempre, es decir, defendiendo que las agencias humanitarias deben seguir, aunque de forma más “astuta”, acompañando a la soberanía (Slim, 2004). Apelando a las leyes internacionales, las convenciones de Ginebra y el sistema de las Naciones Unidas, algunas han tratado de hacer resurgir verjas fronterizas en las arenas movedizas del espacio ocupado políticamente (HPG, 2003). Sin embargo, en general, ha habido un silencio público en relación a los asuntos fundamentales que las dificultades actuales han dejado al descubierto (Vaux, 2004). La invasión de Irak ha colocado en primera página esta crisis que lleva preparándose mucho tiempo y, al mismo tiempo, ha creado “un importante momento liberal” que necesita de una reflexión mas amplia (Warner, 2003). Esta crisis necesita algo más que otra reinención del diseño de biopoder establecido; requiere más que un debate sobre cuáles son las condiciones operativas en las que se puede trabajar en un territorio ocupado políticamente. Más concretamente, la crisis —al dejar al descubierto el pacto oculto entre la gobernación y la soberanía— implica que no se pueda seguir pensando en volver al humanitarismo básico (Reiff, 2002). La petición de neutralidad, que refuerza el aislamiento de la nuda vida, sólo sirve para reproducir la misma soberanía. En estos tiempos de hiper-seguridad, en el que los campos de concentración vuelven a estar al frente del imaginario político, esta neutralidad es una respuesta inadecuada.

El problema con el que se encuentran las agencias humanitarias no es un problema programático, es un problema político. Implica comprender y desplazarse más allá de un diseño de poder que nos abarca a todos. No es una cuestión que se solucione simplemente reuniendo el humanitarismo con la política. Requiere que se reinventen nuevas políticas de actuación que estén libres de ataduras biopolíticas. Quizás existe una pista para la resolución del problema si se tiene en cuenta el

recurrente dilema por el que la gobernación se define dentro de la gobernación global. Implicaría negarse a distinguir entre el niño que se muere de hambre y el niño pobre. Esta negativa, sin embargo, no es una apelación a un mandato más complejo y plural para las ONGs: constituye un desafío político. Implica una política que vaya más allá de los refugiados creando Estados nación y de la interminable dinámica bioevolutiva del desarrollo. En lugar de reforzar el aislamiento de la nuda vida o insistir en su mejora, se necesita un humanitarismo que acepte su agencia histórica y su memoria política y, al hacer eso, que desafíe las bases de la soberanía. Se trataría, entonces, de un humanitarismo que ayude a la política a retornar a su vocación práctica, es decir, a aquella que provee de comentarios y de un control constante al mismo ejercicio del poder. Sin embargo, a pesar de las grandes esperanzas⁹, la lección de la posguerra fría es que, aunque no imposible, es poco probable que esta política surja desde el interior del sector humanitario ya establecido.

***Mark Duffield** es Profesor de la Universidad de Lancaster. A finales de los años ochenta fue Representante de Oxfam en Sudán. Desde entonces ha trabajado en las universidades de Birmingham y Leeds, y ha desarrollado trabajos de investigación y consultoría para un gran número de agencias de la ONU, gobiernos y ONGs relacionadas con emergencias políticas complejas – incluido conflictos, intervención humanitaria y reconstrucción social en África, los Balcanes y Afganistán. Especialista, desde una perspectiva interdisciplinaria, en temas como humanitarismo y guerra, desarrollo y seguridad, actores no estatales y gobernación global.

FUENTE: Danish Institute for International Studies, Working Paper 2004/23. Disponible en: http://www.diis.dk/graphics/Publications/WP2004/duffield_carry_on_killing.pdf

Artículo traducido por **MAYRA MORO y VÍCTOR ALONSO**

⁹ Ver Campbell (1998) para la implicación de Michel Foucault con *Medecins sans Frontieres* (MSF) a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, y la esperanza de que la acción pública humanitaria, basada en el principio de ‘todos somos gobernados’, desafiaría a las bases de la soberanía.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, Stanford University Press, Standford, 1998.

Anderson, Mary B. Do No Harm: Supporting Local Capacities for Peace Through Aid. Cambridge, MA: Local Capacities for Peace Project, The Collaborative for Development Action, Inc; 1996:1-61.

Arendt, Hannah. *The Origins of Totalitarianism*. New York: Harcourt, Inc; 1994.

Bauman, Zygmunt. *Liquid Love: On the Frailty of Human Bonds*. Cambridge: Polity Press; 2003.

Biscop, Sven (Royal Institute for International Relations (IRSD-KHID), Brussels). The European Security Strategy: Implementing a Distinctive Approach to Security. Paper presented at. Multilateralism at Risk Brussels, La Maison de l'Europe: EU-LDC Network ; 2004 Apr 1-2004 Apr 3.

Blair, Tony. The World Should Stand Together Against this Outrage. Guardian. 2001a Sep 15: 6.

---. This is the Battle with Only One Outcome: Our Victory. Guardian. 2001b Oct 3: 4-5.

---. We Won't Lose Our Nerve or Falter, Blair Tells Doubters. Guardian. 2001c Oct 31: 8.

---. Forward. In: Leonard, Mark, Ed. Re-Ordering the World: The Long-Term Implications of 11 September. London: The Foreign Policy Centre; 2002; p. viii-ix.

---. The Price of My Conviction. The Observer. 2003 Feb 16: 20.

---. Why we Must Never Abandon this Historic Struggle in Iraq. Observer. 2004 Apr 11: 29.

Bobbit, Philip. Playing by the rules. Observer. 2003 Nov 16: 26.

Campbell, David. Why fight, humanitarianism, principles and post-structuralism. Millennium: *Journal of International Studies*. 1998; 27(3):197-221.

Coker, Christopher. Empires in Conflict: The Growing Rift Between Europe and the United States. *Whitehall Paper 58*. London: Royal United Services Institute; 2003.

Cooke, Bill. A New Continuity With Colonial Administration: Participation in Development Management. *Third World Quarterly*. 2003; 24(1):47-61.

Cooper, Robert. The Post-Modern State. In: Leonard, Mark, Ed. *Re-Ordering the World: The Long-Term Implications of 11 September*. London: The Foreign Policy Centre; 2002; pp. 11-20.

Davis, Mike. *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*. London:Verso; 2001.

Dean, Mitchell. *Governmentality: Power and Rule in Modern Society*. London: Sage Publications Ltd; 1999.

Dillon, Michael and Reid, Julian. Global Governance, Liberal Peace and Complex Emergency. *Alternatives*. 2000; 25(1):117-143.

Donini, Antonio; Niland, Norah, and Wermester, Karin, eds. *Nation-Building Unraveled? Aid, Peace and Justice in Afghanistan*. Bloomfield CT: Kumarian Press ; 2004.

Duffield, Mark. New Racism...New Realism: Two Sides of the Same Coin. *Radical Philosophy*. 1984 Summer(37):29-34.

---. An Account of Relief Operations in Bosnia. *Relief and Rehabilitation Network Paper* No. 3 . London: Overseas Development Institute ; 1994 Mar.

---. Governing the Borderlands: Decoding the Power of Aid. *Disasters*. 2001 Dec; 25(4):216-229.

Edkins, Jenny. Humanitarianism, humanity, human. *Journal of Human Rights*. 2003 Jun; 2(2):253-258.

Escobar, Arturo. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. New Jersey: Princetown University Press; 1995.

Ferguson, Niall. *Empire: How Britain Made the Modern World*. London: Allen Lane/Penguin; 2003.

FIFC. *The Future of Humanitarian Action: Implications of Iraq and Other Recent Crises*.

Tufts University, Boston : Feinstein International Famine Centre/Friedman School of Nutritional Science Policy; 2004 Jan.

Foucault, Michel. *The Will to Knowledge: The History of Sexuality* Volume 1. London: Penguin Books; 1998.

---. *Society Must be Defended: Lectures at the College de France, 1975-76*. London: Alan Lane, The Penguin Press; 2003.

Freedland, Jonathan. The duo of doublethink. *The Guardian*. 2004 Apr 21: 23.

Hall, Catherine. *Civilising Subjects: Metropole and Colony in the English Imagination 1830-1867*. Cambridge: Polity Press; 2002.

Harvey, David. *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press; 2003.

HPG. Humanitarian Principles and the Conflict in Iraq. *HPG Briefing Note*. London: Humanitarian Policy Group, Overseas Development Institute; 2003 Apr.

Hulme, David and Edwards, Michael, Eds. *NGOs, States and Donors: Too Close for Comfort?* Houndmills, Basingstoke and London: Macmillan Press Ltd; 1997.

Ignatieff, Michael. *Empire Lite: Nation-Building in Bosnia, Kosovo and Afghanistan*. London: Vintage; 2003.

Jones, Mervyn. *Two Ears of Corn: Oxfam in Action*. London: Hodder and Stoughton; 1965.

Kagan, Robert. *Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*. London: Atlantic Books; 2003.

Kant, Immanuel. *Perpetual Peace and Other Essays*. Indianapolis: Hackett Publishing Co. Inc.; 1983.

Leader, Nicholas. Proliferating Principles; Or How to Sup with the Devil without Getting Eaten. *Disasters*. 1998; 22(4):288-308.

--. Humanitarian Principles in Practice: A Critical Review. *Relief and Rehabilitation Network (RRN) Discussion Paper* . London: Overseas Development Institute; 1999 Dec.

Lugard, Lord. *The Dual Mandate in Tropical Africa*. London : Frank Cass; 1965.

Macrae, Joanna. The Death of Humanitarianism?: An Anatomy of the Attack. *Disasters*. 1998; 22(4):309-317.

Macrae, Joanna; Collinson, Sarah; Buchanan-Smith, Margie; Reindorp, Nicola; Schmidt, Anna; Mowjee, Tasneem, and Harmer, Adele. Uncertain Power: The Changing Role of Official Donors in Humanitarian Action. *HPG Report* 12. London: Humanitarian Policy Group, Overseas Development Institute; 2002 Dec.

Macrae, Joanna and Harmer, Adele, eds. Humanitarian Action and the 'Global War on Terror': A Review of Trends and Issues. *Humanitarian Policy Group Report* 14. London: Overseas Development Institute; 2003 Jul.

Miner, Larry. Humanitarian Action in an Age of Terror. *New Issues in Refugee Research: Working Paper* No. 63. Geneva: Policy Research Unit, UNHCR; 2002 Aug.

Morel, E D. *The Black Man's Burden*. Manchester and London: The National Labour Press Ltd ;1920.

National Security Strategy. The National Security Strategy of the United States of America. Washington DC: White House ; 2002 Sep.

Nye, Joseph. Hard and Soft Power in a Global Information Age. In: Leonard, Mark, Ed. *Re-Ordering the World: The Long-Term Implications of 11 September*. London: The Foreign Policy Centre; 2002; pp. 2-10.

Oxfam. *Beyond the Headlines: An Agenda for Action to Protect Civilians in Neglected Conflicts*. Oxford: Oxfam GB ; 2003.

Pugh, Michael. Civil-Military Relations in Peace Support Operations: hegemony or emancipation? Paper presented at. Seminar on Aid and Politics: Debates, Dilemmas and Dissention. London, Commonwealth Institute: CAFOD, ODI and University of Leeds; 2001 Feb 1.

Pupavac, Vanessa. Therapeutic Governance: Pyscho-Social Intervention and Trauma Risk Management. *Disasters*. 2001 Dec; 25(4):358-372.

---. Gender Justice, Human Rights and Disciplining Populations. Draft paper. 2002 Jun.

Reiff, David. *A Bed for the Night: Humanitarianism in Crisis*. New York : Simon and Schuster ; 2002.

Roberts, Adam. Humanitarian War: Military Intervention and Human Rights. *International Affairs*. 1993 Jul; 69(3):429-449.

Slim, Hugo. A Call to Alms: Humanitarian Action and the Art of War. "hd Opinion . Geneva: Centre for Humanitarian Dialogue; 2004.

Stockton, Nicholas. Afghanistan, War, Aid, and International Order. in: Donini, Antonio; Niland, Norah, and Wermester, Karin, eds. *Nation-Building Unravelling? Aid, Peace and Justice in Afghanistan*. Bloomfield CT: Kumarian Press Inc; 2004; pp. 9-38.

Stoler, Ann Laura. *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*. Durham and London: Duke University Press; 1995.

van der Pijl, Kees. The Aesthetics of Empire and the Defeat of the Left. Paper presented at. Exploring Imperium. University of Sussex: Department of International Relations and Politics; 2002 Dec 11.

Vaux, Tony. Humanitarian Trends - a strategic view for CAFOD. Humanitarian Initiatives; 2004 Apr.

Warner, Daniel. The Responsibility to Protect and Irresponsible, Cynical Engagement. *Millennium: Journal of International Studies*. 2003; 32(1):109-121.

Watts, Michael. 'A New Deal in Emotions' : Theory and Practice and the Crisis of Development. in: Crush, Jonathan, ed. *Power of Development*. London: Routledge; 1995; pp.44-62.

Weiss, Thomas G. Principle, Politics, and Humanitarian Action. *Ethics and International Affairs*.1999; 13:1-21.

Whitaker, Ben. *A Bridge of People: A Personal View of Oxfam's First Forty Years*. London: Heinemann; 1983.

Williams, Michael C. Civil-Military Relations in Peacekeeping. *Adelhi Paper* (International Institute for Strategic Studies). 1998; (321):1-93.